

Academia Dominicana de la Historia
—————Vol. LVI—————

Emilio Rodríguez Demorizi

***Breve panegírico de
Pedro Henríquez Ureña***

(Homenaje a Pedro Henríquez Ureña con motivo de la inhumación de sus restos, junto a los de su madre, Salomé Ureña, en la Iglesia de las Mercedes, Santo Domingo, el 11 de mayo de 1981).

Editora Taller, C.x A.,
Santo Domingo, R.D.
1981



Academia Dominicana de la Historia
—————Vol. LVI—————

Emilio Rodríguez Demorizi

***Breve panegírico de
Pedro Henríquez Ureña***

(Homenaje a Pedro Henríquez Ureña con motivo de la inhumación de sus restos, junto a los de su madre, Salomé Ureña, en la Iglesia de las Mercedes, Santo Domingo, el 11 de mayo de 1981).

Editora Taller, C.x A.,
Santo Domingo, R.D.
1981



Breve Panegirico de Pedro Henríquez Ureña



Proyecto de Digitalización
Academia Dominicana de la Historia

Emilio Rodríguez Demorizi

Breve Panegírico de Pedro Henríquez Ureña

Con la venia del Honorable Señor Presidente de la República, don Antonio Guzmán Fernández, de Su Eminencia el Cardenal Beras, y de D^a Sonia y D^a Natacha Henríquez Ureña; Señoras y señores:

¡Qué extraordinario privilegio para todos nosotros hallarnos aquí, en este cristiano ámbito de piedra, en el memorable acto de espiritualidad más profunda que haya conmovido nuestros corazones dominicanos!

Porque aquí, cumpliendo su voluntad testamentaria de reposar junto a su madre amantísima, la excelsa Salomé Ureña, la mujer dominicana más digna del mármol, acabamos de retornar a su regazo lo que restaba del ser maravilloso que fue Pedro Henríquez Ureña, máxima figura de la intelectualidad dominicana; primer hombre de letras de la República, como le llamara Don Américo Lugo. Maestro de América le proclama Borges y nos habla de su nostalgia de la tierra



dominicana suponiéndola provincia de una patria mayor.

Aquí, en la misma cripta, reposa no menor maestro que su entrañable amigo Fray Cipriano de Utrera, con toda la imponderable carga de la historia colonial sobre los hombros.

Por aquí rondará el vigilante espíritu de Tirso de Molina, que entre estos muros venerandos decía sus oraciones y sus romances; bajo estas seculares bóvedas que le sirvieron de albergue en los fecundos años en que creó el más universal de los arquetipos literarios, su Don Juan Tenorio, adonde viene a dormir ahora el más universal de los humanistas hispanoamericanos, unido a Tirso por la tierra quisqueyana y por las letras.

Aquí, en este providencial encuentro entre Salomé Ureña, Fray Cipriano de Utrera y Pedro Henríquez Ureña, tendremos la más impresionante conjunción de las nobles faenas de la cultura de que ellos son paradigmas: la poesía, la historia, las humanidades.

¿Dónde encontrar, bajo nuestro cielo, bajo el cielo de América, sitio semejante? Por aquí deberá pasar la juventud dominicana en busca de inspiración, de ideales y de modelos; por aquí debemos pasar todos nosotros, los amantes de la cultura, en procura de orientación y de estímulo para enriquecer nuestra dominicanidad,



para recoger y resembrar la simiente que ellos regaron con tan pródidas manos.

Este es, pues, uno de los máximos privilegios de la República, para mayor lustre de sus blasones, hoy enaltecidos y abrigados con la sorprendente aparición de las monumentales Obras completas del Maestro y del fascinante Epistolario íntimo entre Henríquez Ureña y su amigo y compañero incomparable el insigne mexicano Alfonso Reyes, gracias a la fervorosa labor dominicanista del Profesor Juan Jacobo de Lara, uno de los numerosos discípulos póstumos del Maestro que con mayor empeño se han abrazado a la alta faena de difundir su obra en las nuevas generaciones.

Con orgullo podemos proclamar que esas magistrales Obras completas y el conmovedor Epistolario nacieron aquí, en tierra dominicana, como el homenaje más caro a los manes del egregio Maestro, porque ello coincide con su retorno a sus amados lares.

¡Con qué ternura le habrá recibido la madre augusta! Cómo, al sentirle llegar, al oír de sus labios la jubilosa exclamación de ¡Madre! ella habrá repetido alborozadamente sus proféticos versos, los postreros, su canto de cisne, luces arrancadas al misterio del porvenir:



*Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.*

*¡Si lo viérais! Tienen sus juegos
algo de serio que a pensar inclina.
Nunca la guerra le inspiró sus fuegos:
la fuerza del progreso lo domina.*

*Hijo del siglo, para el bien creado,
la fiebre de la vida lo sacude;
busca la luz, como el insecto alado,
y en sus fulgores a inundarse acude.*

*Amante de la Patria, y entusiasta,
el escudo conoce, en él se huelga,
y de una caña, que transforma en asta,
el cruzado pendón trémulo cuelga.*

*Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.*

*Cuando sacude su infantil cabeza
el pensamiento que le infunde brío,
estalla en bendiciones mi ternura
y digo al porvenir: ¡Te lo confío!*



Desde la aciaga muerte del Maestro aspirábamos todos a que él viniese a descansar en su Patria querida, como él lo dispuso, pero es ahora, gracias a sus dignas hijas Sonia y Natacha, que están aquí presentes, junto a nuestros emocionados corazones, y gracias a la altruista decisión del Señor Presidente de la República, don Antonio Guzmán Fernández y a la generosidad de nuestra Iglesia encarnada en Su Eminencia el Cardenal Beras, y asimismo del noble Gobierno de la Argentina y de sus más brillantes intelectuales, que esta filial aspiración de Pedro Henríquez Ureña se cumple con toda su condigna solemnidad, como el triunfal retorno de un prócer, porque él fue, en realidad, uno de nuestros magnos próceres civiles y de tal calidad que Nicolás Cocaro, desde la alta tribuna literaria de Humboldt, acaba de decirnos que cuando se hable de una América de la Justicia habrá que recordar en primer término al dominicano ejemplar que se llamó Pedro Henríquez Ureña; que cuando se recuerden los grandes temas de la cultura no puede estar ausente su nombre esclarecido.

Bella significación la de que antes de llegar a su morada definitiva, el Maestro egregio se detuviese en el Panteón Nacional, como si fuese a rendirles su postrer tributo a los creadores de la Patria y a recibir al par, allí mismo, por órgano del Primer Magistrado de la Nación, los reverentes saludos de la República.

En el férvido homenaje que la Universidad de Santo



Domingo le tributó a raíz de su muerte, en el ya lejano año de 1946, me cupo la honra de decir unas conmovedoras palabras que parecerían escritas para este instante:

Un mexicano ilustre, Celerino Cano, acaba de afirmar que si en estas horas de angustias en las que el mundo ansía reencontrar sus propios valores se pidiera el ejemplo de un hombre a quien seguir, *'La América puede levantar como respuesta, si no el primero, sí entre los primeros el nombre de Pedro Henríquez Ureña'*.

Si a Eugenio María de Hostos, el maestro de Maestros, se le llama Ciudadano de América, ¿cómo habremos de calificarle nosotros, y qué hacer de su ejemplo? Como no estamos en tiempo de vanas alabanzas, digamos de él, sencillamente, que fue dignísimo hijo de Salomé Ureña, y hagamos de su espíritu, iluminado por el fuego de su acendrada dominicanidad, la antorcha que nos guíe por los claros caminos de la cultura, con la viva pasión por lo nuestro que debe ser base de nuestras ansias de universalidad. Seamos dignos de la herencia espiritual del gran dominicano.

Ya es algo, más que algo, que nada menos que una prestigiosa Universidad dominicana ostente dignamente su nombre ilustre, junto a la solemne palabra Nacional,



porque lo es justamente todo lo que atañe a Pedro Henríquez Ureña.

Su voluntad testamentaria fue resumen y culminación de su dominicanidad. En ella se mezclan, enternecedoramente, la pasión filial y el amor de patria: qué le conviertan en un puñado de cenizas y que le den asilo postrero en el mismo sepulcro de su madre amantísima, en esta noble Iglesia de las Mercedes. ¡Qué ambición tan pura! ¡Volver al seno de la patria; volver como un niño al seno de la madre egregia, a dormir en la misma fosa que él mirara abrirse, entre lágrimas, en el más triste de los días!

A esta ara sacrosanta de la cultura hispanoamericana acudirán, de generación en generación, con su ramo de laurel, los peregrinos de la magna Patria americana por cuyo radioso advenimiento él luchó y suspiró hasta la aciaga hora de su muerte, máximo legado que nos dejó a nosotros, a toda nuestra América.





COLOFON

Se terminó de imprimir en EDITORA TALLER, C. POR A., en el mes de mayo de 1981, la cantidad de 1,000 (mil) ejemplares correspondientes a la primera edición.